

Carlos Sala - Barcelona

Cuando la escritora Barbara Comyns llegó a Barcelona después de una corta estancia en Ibiza, no tuvo la mejor de las impresiones. Esperaba «la luminosa luz y las casas brillantes» que encontró la primera vez que pisó Mallorca, pero lo que vio solo fue la suciedad de un puerto industrial que de alguna manera olía a negro y el bullicio desordenado y gris de unas Ramblas que tenían «palomas del tamaño de gallinas encerradas en pequeñas jaulas». Así se sentía ella, un pájaro grande y extraño, y a sus 31 años de alguna forma ya viejo, encerrado en la más pequeñas de las jaulas, en una ciudad desconocida.

Barbara Comyns es una de las escritoras británicas que redefinieron el panorama literario anglosajón a mediados del siglo XX. Después de ser pintora, modelo, cocinera, ilustradora o afinadora de pianos, se casó en segundas nupcias con Richard Strettell Comyns Carr, que trabajaba en la sección quinta de los espías de la MI-6, que incluía España y Portugal. Su jefe era Kim Philby, que resultó ser un agente doble al servicio de los rusos, lo que derivó en que el peso del gobierno cayese sobre el matrimonio. «Siempre me preguntan si mi marido era un espía por lo que pasó con Kim Philby. La verdad es que no. Kim era una persona muy divertida, todo un encanto. La agencia consideró que mi marido era un trai-

dor porque lo sabía y no dijo nada o era un idiota porque nunca se dio cuenta. Así que lo mejor era enviarnos a España y olvidarse del asunto», comentaba la escritora.

El matrimonio llega a España en 1956 y se refugia una corta temporada en Ibiza. Su experiencia en las islas la explicará en «Out of the red, into de blue», novela de 1960, que escribirá en Barcelona. «Somos una pequeña familia. Mi marido, Raymond, mis dos hijos ya crecidos, Nicholas y Caroline, y yo misma. Raymond ha trabajado en una oficina del gobierno como funcionario temporal, lo que ya le iba bien porque hubiese cobrado sólo un poquito más si fuera indefinido. Yo escribía un poco, y tenía algunas novelas publicadas, aunque sólo una había tenido éxito. Aún así, el poco dinero que ganábamos era muy útil porque, tuviésemos lo que tuviésemos, siempre vivíamos por encima de nuestras posibilidades. Al menos los niños estudiaban en casa, así que no teníamos que pagar colegio», escribe.

En la novela, la familia regresa a Londres, donde al marido consigue un trabajo estable y pueden olvidarse de las penurias en un país extranjero. Pero lo cierto es que después de aquellos cortos meses, Comyns y su familia se mudan a Barcelona. Al llegar, se instalan en un viejo hotel cerca de las Ramblas. El hecho de tener que comer todos los días en res-

taurantes les obliga a buscar una casa propia rápido y se instalan precipitadamente en un piso «que parece el único en Barcelona que no tiene balcón», cerca de Balmes con Rosellón. Sus primeros meses no serán muy agradables. Al menos eso explica en «Birds in tiny cages». Aquí Barbara es Flora y Richard será Leo. «Ese año hubo una falta de lluvia en Barcelona y algunos de los pisos superiores se quedaban sin agua durante días. El portero llevaba cubos de llenos desde el sótano para los vecinos. Si se oía el sonido de la lluvia por la noche, Flora despertaba a Leo de un codazo y exclamaba: ¡Despierta, puede que mañana podamos ducharnos!», escribe.

Estamos en los años 1957/58 y Comyns sólo tiene como refugio su escritura. Sabemos que en 1959 publicará «La hija del veterinario» o sea que podríamos deducir que una de las mejores novelas inglesas del siglo XX se escribió en Barcelona. Así comienza esta extraordinaria novela: «Mi madre estaba en el vestíbulo oscuro... Era menuda y tenía los hombros caídos y los dientes torcidos, por lo que, si hubiera sido un perro, mi padre la habría sacrificado». Nadie comienza las novelas mejor que Barbara Comyns. Hay que olvidarse del realismo mágico de los autores del boom de una vez y sus aventuras en la Barcelona de los 60/70. Diez años antes, una mujer inglesa consiguió cotas más altas de

La escritora vivía con su marido y dos hijos en un pequeño ático cerca del cruce entre las calles Balmes y Rosellón

extrañeza y poesía en un pisito del Eixample, y desde luego toda la magia ya era suya.

En «Birds in tiny cages», Comyns nos hablará, con la soledad y extrañeza, de una ciudad que mirará a vista de pájaro, desde su entrañable ático, donde como único refugio tendrá su diario, «para poder decir a Leo que estoy demasiado ocupada para empezar a aprender español. A mis 31 años soy demasiado vieja para eso, aunque eso es mentira, Leo tiene 35 y parece que está aprendiendo a todas horas». El marido trabajará a todas horas y la dejará demasiado tiempo libre. La aparición de un pintor y su amigo escultor darán el giro a la historia. «Echaría de menos estos sonidos si ahora volviésemos a Inglaterra. En realidad, echaría de menos muchas cosas. Empiezo a adorar a España y a sentir que es mi hogar. Las estrellas empiezan a aparecer en el cielo y está demasiado oscuro para seguir escribiendo», concluye.

Al final del libro dudan si mudarse a Madrid, pero rechazan la idea rápido «porque no hay costa y los inviernos son muy fríos». Lo que sí hará Comyns antes de regresar a Inglaterra será vivir en San Roque, en Cádiz, en 1973. Tampoco durarán mucho, la inflación crece y la libra baja y les será difícil mantener su tren de vida. En 1974 dirán adiós a 18 años en España.

La editorial Gatopardo acaba de publicar «Los que cambiaron y los que murieron», la mejor novela de Comyns después de «El hijo del veterinario». Así comienza: «Los patos atravesaron nadando las ventanas del salón. El peso del agua las había abierto a la fuerza, de modo que los animales entraron en el interior». La historia nos habla de una pequeña comunidad en que suceden todo tipo de calamidades, empezando por el desbordamiento del río. De nuevo, Comyns mezcla la inocencia del punto de vista con la sordidez de lo narrado para conseguir casi una parábola bíblica, si éstas te permitiesen reírte de sus personajes.

Antes, Alba editorial había recuperado «La hija del veterinario», «El enebro» y «Y las cucharillas eran de Woolsworth». ¿Sus dos novelas españolas no tienen traducción? No, y tampoco es extraño, porque tampoco se encuentran reeditadas en inglés. Sin embargo, condensan a la perfección esa especie de realismo mágico postvictoriano que tienen todas sus historias, como si el humo no te permitiese ver bien y lo que describes a la fuerza tiene que ser fantástico.

Barbara Comyns en los años 50 poco antes de llegar a España donde vivirá 18 años



ARCHIVO

Barcelona habla con orgullo de cuando los escritores del «boom» vivían en la ciudad pero, diez años antes, una de las grandes de la literatura inglesa ya vivía aquí, Barbara Comyns

«¡Las palomas de las Ramblas parecían gallinas!»